



VALLÈS

SEMENARIO DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.
SEGUNDA ÉPOCA DE "ESTILO"

AÑO III

GRANOLLERS, 2 de Agosto de 1942

NUM. 97



Con el impulso agrícola, los esfuerzos para mejorar la producción no han conocido límite; se han iniciado gran número de obras de pequeño regadío y de los grandes se han puesto también en riego varios miles de hectáreas.

FRANCO, en su discurso del 17 julio de 1942, ante el Consejo Nacional

EDITORIAL

Acuerdo económico con la República Argentina

La prensa de nuestro país ha recogido la noticia, altamente satisfactoria para nosotros, de haberse llegado a un perfecto acuerdo en las negociaciones comerciales tenidas con la República Argentina. Este éxito que dábanos por descartado aparte del interés y de la trascendencia económica que reviste, tiene además un alto valor y un alto significado, tratándose de la política exterior española. No poco es que con el acuerdo con la República Argentina se puede dar un impulso a la vida económica de España y se pueden remediar en lo que sea posible las dificultades múltiples y complejas de la presente hora como derivadas también de causas complejissimas, y en parte de imposible resolución por nosotros mismos, como por ejemplo es la situación actual de guerra en que se encuentran la mayoría de las naciones civilizadas, y alguna como Rusia, que con el comunismo se ha visto de nuevo arrastrado a la barbarie. Pero por encima de eso a nosotros lo que nos satisface es tener una comunidad ideológica y una solidaridad eficiente con uno de los más prósperos países de Hispanoamérica que debe a España su lenguaje, su cultura, su poderío, muchas de sus virtudes sociales y su preparación para una independencia y para una vasta misión en el mundo que nosotros vemos con alegría que desempeñe, y que se la deseamos de mayor amplitud y de mayor potencia de día en día.

La República Argentina es en América un valladar de hispanidad. Es una de las Repúblicas donde más cariño se pone en la conservación de nuestro idioma y de nuestro carácter y donde con más afán se mira a un pasado común que si a nosotros nos enorgullece tiene que enorgullecer también a la República Argentina. Un país nuevo salido de la bravura y de la heroicidad de los conquistadores españoles, que en el mundo no tienen par por sus proezas tan altas que no han encontrado siquiera su cantar, no puede ser sino una nación fuerte y libre en el mundo, y mientras mire a su autenticidad ambiciosa de llenar su destino de independencia y de hispanidad.

Con el tiempo hemos olvidado ya las rencillas de las luchas que dieron pie a su independencia, más que guerra de Independencia, lucha civil entre hermanos, y ahora llegados a una inmutable situación política no cabe sino caminar juntos defendiendo—cada cual en su continente—una misma cultura, una misma historia y un mismo vigor personal de la misma raza.

LA MISION AFRICANA DE ESPAÑA

Por EUGENIO CARPINTERO DE NADAL

La Geografía ha dado a España unas fronteras perfectamente definidas. Ceñidos por el mar y los Pirineos, portugueses y españoles somos un mundo aparte en el todo de Europa. Sin embargo, nuestro límite sur no lo señala el mar: las costas españolas del mediodía se acercan a África hasta casi tocarla; la frontera de España se adentra en Marruecos, trepa por la barrera del Atlas y llega al desierto, que ya conoció la presencia de Roma.

Como digno final a un reinado glorioso, la Reina Católica señala a su muerte el camino de África, y Cisneros lo inicia con ímpetu almogávar. Pero España no podía estar en todas partes. Empresas universales nos apartan de la misión africana: frente a la algarabía protestante, defendemos la unidad religiosa de los viejos pueblos de Occidente; salvamos a Europa de los embates turcos, y la Cristiandad católica se extiende por nuestro esfuerzo a las inmensas multitudes paganas del Nuevo Mundo.

Con todo, siempre hubo entre África y España relaciones de guerra o de comercio. Las plazas españolas de Berbería, Ceuta, Melilla y Orán, principalmente, mantuvieron a lo largo de cuatro siglos, ese contacto ininterrumpido. Posesiones en perpetua alerta, eran nuestra línea avanzada de defensa, y, al mismo tiempo, excelentes bases de penetración.

El acontecimiento nefasto de la Historia de Francia, dice un autor francés no es la batalla de Waterloo, sino la de Québec, que trajo consigo la pérdida del Canadá. En cambio, la fecha gloriosa la forja Carlos X, conquistando Argel y abriendo a Francia las puertas de un imperio.

También es válida para España esa interpretación histórica. Ni Cavite ni Santiago de Cuba, a pesar de su dolorosa trascendencia, cambian el rumbo de nuestro porvenir. El hecho funesto de la historia española moderna es la cesión de Orán a la Regencia de Argel ¡12 de Septiembre de 1791! Todos los españoles deberíamos recordar esa fecha como una gran traición. Ministros enciclopedistas e «ilustrados» intentan borrar hasta el recuerdo de la obra de Cisneros. Aquel día triste, España renuncia a un gran destino africano, a su esfera natural de influencia, en una palabra, a su espacio vital.

Cuarenta años más tarde, la bandera francesa ondea en los viejos fuertes españoles.

Contrastando con la pasividad del Estado, el pueblo español se lanza a la conquista del norte de África. Levantinos y baleares emigran en masa a la Argelia francesa. Y es que la Geografía termina imponiéndose de manera inesorable. La gesta—no merece otro nombre—de la colonización española en Argelia a un tiempo conmueve e indigna. Triste conquista sin gloria, bajo pabellón extranjero, y en provecho ajeno.

Duramente, a estilo de nuestra raza, los colonos españoles, trabajan para ganar su pan hasta en la linde del desierto. A veces, como en Saida, caen bajo el cuchillo de las hordas insumisas, sin que las autoridades francesas se preocupen demasiado en defenderles.

Saida sólo es el episodio sangriento. Tanto o más heroica es la lucha cotidiana por la existencia en aquel ambiente hostil, cercados por el halago constante de un cambio de nacionalidad. Una burocracia chovinista se esfuerza, tenaz, en afrancesarles. Y esto sucede casi a la vista de nuestras costas, en unos territorios históricos y geográficamente españoles, que deben a los hijos de España su riqueza y su prosperidad actual.

A lo largo del pasado siglo, contados políticos se ocuparon de los españoles de Argelia. Cánovas piensa en ellos y sueña en su redención. Pero su voz es un clamor aislado en una época infecunda.

Hoy día, las cosas han cambiado. La España surgida de la guerra, con unidad de mando y sentido militar de la existencia, no puede tolerar las injusticias que le fueron impuestas en momentos de debilidad. El norte de África es nuestro espacio vital, lo ha sido siempre; jamás podremos olvidarlo. La posesión de Marruecos y del Oranesado—tan querido para nosotros como una provincia española—tiene el carácter de exigencias irrenunciables, demográfica y defensiva a la vez. Defensiva, porque también existe un espacio vital de defensa. Es el territorio en que un pueblo puede defenderse antes de que lo acorralen entre la espada y la pared, antes de ver amenazados sus centros productores. Así, como algo indispensable para la seguridad de España, concibe nuestra política africana el Alto Comisario, teniente general Orgaz, según refiere un cronista alemán: «No hemos venido a Marruecos para colonizar, sino para luchar. Los puntos de vista que determinan nuestra acción en Marruecos no son coloniales, sino políticos, estratégicos y morales.»

La Historia nos enseña cuán exacta es esa concepción estratégica. Francia luchó sin descanso hasta romper el cerco español que la oprimía desde Flandes a los Pirineos. Y España, geográficamente asfixiada, ha de romper para siempre el cerco francés que la estrecha sin cesar entre los Pirineos y el macizo riféño.

Esperamos la implantación en Europa y en África de un orden más justo. Cuando llegue el momento, España planteará firmemente sus reivindicaciones con la seguridad de verlas atendidas. La sangre de los que murieron defendiendo el Occidente es nuestro mejor título. Y aún después de la Cruzada, eternamente presente en todas las batallas, lucha en Rusia la juventud española por una España mayor y una Europa más justa, pues sabe que el Caudillo reclama para nuestra generación, como honor y deber, el espacio vital a que tenemos derecho.

CRONICA INTERNACIONAL

Rusia se aleja de las tierras de Europa

ALEMANIA, en su lucha contra los soviets persigue una finalidad concreta: aislar a Rusia, alejándola del mar y anular su influencia, confinándola en zonas interiores de imposible acceso, al margen de las grandes vías de comunicación del mundo.

Actualmente — casi es ocioso repetir —, tres son los caminos por los que Rusia se comunica con sus aliados anglosajones. En el norte, por los puertos de Murmansk, libre de hielos todo el año y Arkangel que no disfruta de semejante ventaja. Ambos sufren el martilleo incesante de la aviación del Reich, lo cual disminuye en grado sumo sus posibilidades. La segunda vía de comunicación pasa por el Cáucaso, después de cruzar el parcialmente soviético reino de Persia; pero hoy día el avance alemán amenaza cerrarlo para siempre. Sólo queda la ruta de Oriente, a través del Pacífico y del Transiberiano, ruta precaria por su longitud y por la posición equívoca del Imperio japonés.

Pedro I, el Grande, consagró su vida a hacer de Rusia una nación europea y una potencia marítima. Vencedor, al fin, de Carlos XII, logra expulsar a Suecia de las zonas orientales del Báltico y domina la costa desde Viborg a Riga. También intenta llegar al Mar Negro, siguiendo el curso del Don, que, como casi todos los ríos rusos, anchos y evocadores de batallas, es una excelente vía de penetración utilizada desde antiguo. El Don, lo mismo que el Dnieper, el Bug, el Dniester y el Pruth, marcaron las sucesivas etapas de la expansión rusa hacia las tierras codiciadas del Occidente. Y ese mismo Occidente está haciendo ahora retroceder a Rusia, de río a río, hacia las lejanías asiáticas.

Por segunda vez en el curso de un año, las tropas germano-eslovacas de Von Kleist han conquistado la importante ciudad de Rostov. El Don ha sido cruzado en varios sectores y, después de apode-

rarse Bataisk, al sur de Rostov, «las unidades móviles han efectuado un profundo avance en el sur». Ha sido alcanzado el sector de los ríos Manytsch y Sal, paralelos entre sí y afluentes ambos del Don. Las divisiones blindadas y motorizadas alemanas operan, pues, en la gran llanura que se extiende entre el Volga, el Mar Caspio y las primeras estribaciones del Cáucaso, que pronto escalarán los soldados del Reich para clavar la bandera de su Patria en aquellas cumbres gigantes y perpetuamente nevadas, escenario grandioso de las novelas de Lermontof, el poeta ruso enamorado del Cáucaso.

La desembocadura del Don ha sido siempre la llave del Mar Negro. Pedro el Grande luchó tenazmente para conquistar Asov—Rostov era entonces una aldea insignificante, la plaza fuerte guardadora del río. Fracasado su primer intento, insistió en la empresa y nuevas naves de guerra, construidas en Voronej, tan citado hoy día en los partes de guerra, desciende por el Don y vencen a la escuadra turba. El Zar se apodera de Azov (1669). Sin embargo, una batalla adversa a orillas del Pruth le obliga a cederlo años más tarde.

La Zarina Ana Ivanova, sobrina de Pedro el Grande, no renuncia a la expansión hacia el sur, y Azov es de nuevo uno de los principales objetivos de Rusia. Las tropas imperiales llegan a la desembocadura del Dnieper y conquistan Perekop y Azov (1736) logrando así el Imperio Moscovita, asomarse ampliamente al anhelado Mar Negro. Pero estas conquistas se desmoronan y solo se salva Azov. Estaba reservada a Catalina II y a su audaz favorito Potemkin la gloria de extender por Ucrania el dominio de los Zares.

Con el dominio del Báltico y del Don comenzó la grandeza de Rusia. Su alejamiento de aquel mar y de este río son signos seguros de su decadencia.